



Adiós a José Luis

Por Enrique Aguilar*

[Nota publicada en la revista UCActualidad, N° 114, segunda quincena de junio de 2008, pág. 10]

Su semblante ya revelaba la fragilidad de su salud. En los últimos años había sufrido serios achaques que, en todos los casos, enfrentó con entereza y serenidad. Sabía que la muerte le rondaba. No obstante, su fe inquebrantable, el amor de su familia, junto al reconocimiento y el cariño enormes que supo en todas partes cosechar, le daban esa tranquilidad de espíritu que solamente pocos, a la hora del balance, pueden experimentar.

José Luis de Imaz fue un hombre extraordinario. Luchador infatigable, su vida estuvo regida por el entusiasmo, que lo ayudó a sobreponerse de dolorosas pérdidas y amargas decepciones. Una *rara avis*, también, en un medio donde la mezquindad y la presunción pueden más a veces que el diálogo fraterno, la modestia y el afán de colaboración. Fue todas esas cosas: fraterno, modesto, colaborador. Un maestro en todo sentido, con una enorme capacidad de transmisión y una limpieza de alma rayana en la inocencia. Al escucharlo, el interlocutor sentía estar frente a un sabio. Por su prodigiosa memoria, su inconmensurable erudición y, desde luego, por el tenor de sus reflexiones. Para mejor, hablaba como escribía: impecablemente, con la precisión y la fineza que su dominio de la lengua le permitía.

Cuando lo homenajeamos en la UCA, con motivo de cumplirse el 40° aniversario de *Los que mandan*, se lo despidió de pie con una ovación. Quizá no se sorprendió, habituado como estaba a esos tributos. Pero la clase magistral que nos brindó esa tarde dejó una hondísima huella en todos los presentes. Fue, se me ocurre, la coronación de una trayectoria sin par y el mejor obsequio que podía dejarnos.

No está de más recordar el impacto que tuvo esa obra publicada en 1964, verdadero hito de las ciencias sociales en Argentina, donde se abordaba la composición de los distintos grupos dirigentes con una aproximación que combinaba métodos cuantitativos y cualitativos. La conclusión resultaba insospechada: nuestro país carecía de una clase dirigente auténtica y “el costo directo, inmediato”, afirmaba el autor, lo pagaba “la sociedad toda”. Cuarenta y cuatro años después, la estructura de esos grupos se ha mantenido intacta o ha cambiado parcial o totalmente. Sin embargo, aquella conclusión no parece haber perdido su vigencia.

Recuerdo que Carlos Strasser adhirió a ese acto de homenaje con estas palabras que reflejan, sin duda, una opinión extendida: “Le guardo todo el singular reconocimiento que merece por el impulso que le dio a los estudios de sociología y su misma institucionalización en la Argentina. Creo que comparte con Gino Germani, José Luis Romero, Sergio Bagú, Torcuato Di Tella y José Enrique Miguens la calidad de *founding*

* Director del Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la UCA

father de nuestras ciencias sociales más propiamente dichas, las creadas desde los pasados años 50 y 60”.

Ahora bien, aunque eminentemente sociológica, la obra de José Luis de Imaz trascendió las categorías académicas sin verse nunca menoscabada por la diversidad de temas y disciplinas que abordó. *Promediando los cuarenta, Nosotros mañana, Los hundidos, Sobre la identidad iberoamericana, Conversaciones con el Padre Moledo, Las raíces del pensar, Soliloquios de un caminante*, son títulos, entre otros, capaces de superar las fronteras artificiales que a menudo se trazan entre las distintas ramas del saber conspirando contra su saludable integración. Es que José Luis fue un humanista de cuerpo entero. Destaco de él asimismo su lealtad (con los demás y consigo mismo), su probado compromiso con su tiempo, su profunda comprensión de la realidad nacional e internacional, y su reflexión mesurada que lo situó siempre, parafraseando a Raymond Aron, “entre aquellos que saben combatir sin odios y que se niegan a ver en las luchas del Foro el secreto del destino humano”.

Lo quise mucho. Lo admiré todavía más. Sé que menciono dos sentimientos compartidos por diversas generaciones de docentes e investigadores que arrastramos con José Luis una deuda abrumadora. En esta Argentina atribulada, la muerte de un gran pensador aflige doblemente. Conmovidos, le decimos adiós.